

Presentación del libro
Tratado de los Tres Impostores
(Traducción al inglés de
Brom Anderson)

El sino de los libros es tan impredecible como el de las personas. Así como, por ejemplo, hay seres indeseables de los que, por más que hagamos, no podemos zafarnos, así también hay libros de calidad ínfima pero con los que sistemáticamente nos topamos, querámoslo o no, en todas las librerías; y a la inversa: así como podemos tener de vecinos - junto a los cuales vivimos, digamos, un cuarto de siglo – a personas valiosas pero cuya compañía y trato simplemente nunca pudimos o supimos disfrutar, así también hay libros desafortunados que, por circunstancias externas o ajenas a ellos, pasan inadvertidos y nunca logran traspasar el umbral de la clandestinidad o de la mera circulación privada, a pesar de tratarse de obras que por osadas, divertidas o novedosas fácilmente habrían podido atraer la atención del público y gozar de su favor. El libro que hoy presentamos, esto es, el *Tratado de los Tres Impostores*, pertenece a esta segunda clase de textos. Y en favor de la idea de que se trata de un libro que merecía un mejor destino que el que de hecho tuvo ofrezco aquí el siguiente argumento, simple pero, creo, válido: si todo libro cuyo objetivo es cuestionar sistemas de dañinos prejuicios sociales pero que es ignorado al momento de ser producido le dice al lector para el cual no había sido escrito algo que muy probablemente para este último resulte de sentido común y, si no trivial, por lo menos incontrovertible, entonces ese libro era un libro digno de ser leído. Esto es precisamente lo que, a mi parecer, sucede con el libro que esta noche nos ocupa.

Son varias las facetas del libro que podrían dar lugar a una investigación y a un debate. Está, desde luego, la cuestión concerniente al origen del texto y sus vicisitudes; en segundo lugar, está el contenido mismo del trabajo, las ideas en él plasmado y que requieren ser examinadas, criticadas y evaluadas; y está también el aspecto práctico de la obra, todo lo relacionado con las funciones que se suponía que debía cumplir, las intenciones, secretas o explícitas, del autor, lo que el libro puede aún enseñarnos, las moralejas que de su existencia se desprenden. En lo que sigue, me concentraré básicamente en el segundo y en el tercero de los aspectos mencionados.

El texto que nos ocupa es un texto breve, relativamente simple, de carácter polémico y, en cierto sentido, ambivalente o, si se prefiere, de múltiples facetas. Los temas centrales son temas religiosos pero, como el título mismo lo indica, el objetivo del libro es ante todo el de denunciar lo que no es sino un gran fraude intelectual: el teísmo y las absurdas aseveraciones a que da lugar, así como el

manejo de los hombres efectuado a través de la manipulación de sus ideas religiosas. El libro es un ataque franco a las religiones institucionalizadas y al embrutecimiento sistemático al que, por medio de las instituciones eclesiásticas, se somete al individuo, al ciudadano común. El estilo del libro, huelga decirlo, es directo y mordaz. Ahora bien, la crítica de la función social de las religiones institucionalizadas no puede limitarse a una mera enumeración de datos, no puede reducirse a un mero anecdótico, por la sencilla razón de que los hechos pueden ser interpretados de diverso modo, desde diferentes perspectivas y pueden, por lo tanto, tener otros significados. Por consiguiente, un libro con objetivos como los mencionados tiene que contener también discusiones de tesis y creencias religiosas concretas. Empero, como bien lo muestra la historia de las ideas, por abstracta y racional que sea la crítica de prejuicios fuertemente enraizados en las personas, la autonomía del pensamiento suele ser un asunto más bien delicado, un producto por el que hay que pagar un alto precio. Quien opte por la libertad de pensamiento corre riesgos de toda clase. Es ésta una verdad de la cual el autor del *Tratado* estaba perfectamente consciente. Así, al hablar de los enemigos de la razón nos recuerda que “Los partidarios de estos absurdos han sido tan exitosos que es peligroso combatirlos” (p.3). De este y otros recordatorios habremos nosotros de extraer nuestras propias conclusiones más abajo. Por el momento, sin embargo, notemos que el material de libro es, *prima facie*, una combinación de análisis crítico de creencias religiosas y de crítica social.

Es sin duda alguna un error de los más radicales de los “historiadores de las ideas” negarse a comprenderlas de otra manera que no sea en concatenación interna, como si su cuna no fuera otra cosa que otras ideas y que los contextos políticos, científicos, religiosos y culturales no fueran determinantes para su gestación y aplicación. No debemos, pues, pensar que textos como el de los *Tres Impostores* (o, en verdad, cualquier otro) brotan súbitamente, de la nada, como hongos eidéticos. Es claro que textos animados por el mismo espíritu, inclusive si no eran o pretendían ser estrictamente “filosóficos” sino más bien “filosófico-literarios”, proliferaban en el siglo XVIII. De inmediato pensamos, por ejemplo, en el Abbé Prevost y en su formidable Manon Lescault e imposible no mencionar al fantástico Marqués de Sade. Sólo alguien de una insensibilidad brutal (dan ganas de decir “sádica”) podría no ver en Sade otra cosa que un depravado que se adelantó a la pornografía de la segunda mitad del siglo XX. ¿Cómo pasar desapercibida la profunda y justificada insatisfacción intelectual de Sade ante los absurdos dogmas de la Iglesia Católica, su total rechazo de una concepción de Dios como un ser esencialmente anti-natural, su descarnada burla de la superlativa hipocresía de beatos y beatas y su valiente rebelión frente a la desvirtuada vida en la que desemboca la prédica cristiana? También los textos de Sade eran clandestinos y no es por casualidad que haya muerto en el calabozo. El autor del *Tratado de los Tres Impostores*, por lo tanto, se movía en un ambiente en el que se combinaban una gran ebullición intelectual,

quizá cultivada sobre todo en los grandes salones de la época pero que de hecho flotaba en la atmósfera social global, y la conciencia de estar enfrentándose a enemigos poderosos. El autor del *Tratado*, por consiguiente, tuvo razón en ser precavido.

Podemos preguntar ahora: ¿qué hay en el *Tratado* que obligara a su autor a ocultarse y a mantenerse en el anonimato? Básicamente, una crítica de las tres grandes religiones monoteístas, esto es, el judaísmo, el cristianismo y el islamismo y una denuncia del yugo intelectual y material al que conducen. El ataque es de calidad diversa y contiene ideas de índole variada. Hay tanto señalamientos de corte casi-periodístico y de sentido común como observaciones filosóficas de gran perspicacia y profundidad; hay tesis que Hume podría haber hecho suyas (como por ejemplo la inquietante idea de que el mundo natural no se fija propósitos, que el universo no tiene fines, en el sentido de causas finales) y aseveraciones de una ingenuidad pasmosa. Los grandes apartados están reservados a Dios, las razones que se tuvieron para elaborar el concepto de Dios, el significado del vocablo ‘religión’, consideraciones acerca del alma y los demonios y a algunas cuestiones de orden epistemológico, como las distintas clases de verdades con base en las cuales podrían justificarse las pretensiones cognitivas de la religión. Examinemos rápidamente algunos de los pensamientos centrales del texto.

La gran estrategia exegética del autor del *Tratado de los Tres Impostores* consiste en aceptar literalmente las afirmaciones contenidas en los así llamados “textos sagrados” para, acto seguido, confrontarlas con el sentido común. El contraste es, obviamente, como un duchazo de agua helada: nadie en sus cabales podrá negar que el concepto teísta de Dios es incoherente, que la fuente de la religión (teísta) es la ignorancia y el miedo, que el éxito de las religiones se explica por la ignorancia y la estupidez del pueblo y que la fauna religiosa (ángeles, demonios, milagros, misterios, etc.) no son otra cosa que proyecciones cósmicas de la mente, productos de la fantasía humana que, posteriormente, se le imponen a su creador. Muchas de estas posiciones son ya, desde luego, familiares y de aceptación generalizada: hasta donde yo sé, por lo menos, nadie cree en Belcebú, acepta la idea de poderes invisibles ni se explica una aurora boreal como resultado de la intervención deliberada en los procesos del universo por parte del creador y dueño del mundo. Pero no debemos olvidar que nuestra concepción de lo razonable y lo descabellado se ha ido modificando y que lo que ahora nos parece increíble hace tres siglos era lo natural. Y a la inversa. Si ha habido evolución y, queremos pensarlo, progreso, ello se debe en gran medida a libros como este.

Todo esto es digno de ser mencionado, sólo que ya es hora de pasar a considerar el núcleo del libro, esto es, la parte dedicada a los tres impostores. ¿Quiénes son esos tres grandes farsantes de los que se habla en el libro? Ni más ni

menos que nuestros viejos conocidos, Moisés, Jesucristo y Mahoma, héroes dos de ellos de un libro que, como bien nos lo señala nuestro autor, “en ninguna parte se encuentra el original” (p.13). Pero, independientemente de ello, ¿por qué se trataría de impostores? Un epíteto así ciertamente se tiene que justificar.

Para la autopsia espiritual de nuestros personajes, el autor procede cándidamente extrayendo las conclusiones que se derivan de los textos relevantes y que cualquier lector no influido por la tradición de manera natural extraería. Desde este punto de vista, la trayectoria política del verdadero Moisés queda expuesta como lo que fue: la de un facineroso que no merece otro epíteto que el de ‘gran criminal de guerra’, puesto que, para no ir más lejos, sólo alguien así podría condenar a muerte a 24,000 hombres por no acatar su “Ley”. De hecho, el aventurero Moisés se aprovechó de la ingenuidad de los hebreos (pueblo al que es que es prácticamente imposible inclusive que perteneciera, como quedó debidamente acreditado en el formidable texto de S. Freud, *Moisés y el Monoteísmo*) con no otro objetivo que el de convertirse en su nuevo amo. Toda voz crítica o retadora fue inmisericordemente acallada por él y sus secuaces, en particular sus parientes. Sin duda alguna, las ambiciones terrenales constituyeron siempre una motivación suficiente para las iniciativas de Moisés pero, como nos lo explica el autor del texto, con el tiempo uno de los objetivos máximos del Moisés el victorioso fue, émulo de los antiguos Faraones, el de convertirse él mismo en inmortal. Y habría que decir que efectivamente encontró la senda de la inmortalidad, pues ésta no es otra que la ignorancia y la incredulidad del vulgo y, en este sentido, habría que admitir que el pueblo hebreo era una presa particularmente fácil.

Que Jesús de Nazaret es otro prodigio de la fantasía colectiva es algo que difícilmente podría escapar a cualquier persona de sentido común. Dicho de otro modo: la condición de la adopción de la religión católica es el abandono combinado de todo juicio sano, de la lógica más elemental y de la más pura ignorancia. El todo debe, además, venir envuelto en una gama de chanchullos retóricos y de trampas argumentativas para que se vuelva “funcional”. Así, cada vez que nos topemos con algo que es absolutamente ininteligible o incomprensible, simplemente postulamos un milagro o un misterio. Esto es lo que acontece cuando se nos dice que hay alguien cuya madre es una virgen y su padre una mente, siendo él además idéntico a su padre! Desde el punto de vista del autor del *Tratado de los Tres Impostores*, la gran diferencia entre Jesús y Moisés, siendo el primero en algún sentido un seguidor y continuador del segundo, es que Jesús carecía de los ejércitos de los que Moisés sí disponía. Eso no impide, obviamente, que fuera tremendamente hábil, como lo muestran algunas de las respuestas que ofrece en sus diversos interrogatorios. El problema es que difícilmente podríamos encontrar originalidad alguna en lo que dice: hay antecedentes de prácticamente todo lo que afirma en pensadores griegos y fariseos anteriores a él o inclusive contemporáneos. Pero su estrategia y su táctica

eran diferentes y novedosas. Es evidente, sin embargo que, por la naturaleza misma de sus cuentos, su discurso no podía estar dirigido a los sabios ni a los genuinos trabajadores intelectuales. La conclusión en todo caso es la misma que en el caso de Moisés: la religión cristiana, al igual que la judaica, se funda en distorsiones brutales de hechos, en mentiras palpables, en historietas a las que sólo ignorantes y gente necesitada pueden dar crédito.

Consideremos rápidamente el caso de Mahoma. Si el autor de nuestro libro tiene razón (y no veo por qué habría de negársele), Mahoma es el producto de una oscura traición: él mismo habría mandado sepultar vivo a quien, imitando la voz de Dios, le anunciaba a la gente que no había más que un Dios y que Mahoma era su profeta. Y, como era de esperarse, vivió feliz hasta el fin de sus días a expensas, claro está, del trabajo de las masas cuyas mentes había logrado subyugar.

Suponiendo que la pintoresca descripción que nuestro autor hace de los fundadores de las grandes religiones monoteístas es acertada (y creo que hay mucho en su favor): ¿qué podemos inferir de ello? Son muchas las lecciones que podemos aprender, por lo que más que hacer una lista interminable de ellas procederé a enunciar rápidamente algunas de las cosas que el autor mismo sostiene y, posteriormente, intentaré extraer moralejas generales adecuadas más actuales.

Sin duda alguna, el interés central del autor del *Tratado de los Tres Impostores* es denunciar la manipulación de las masas mediante su embrutecimiento mental, usando como instrumento ideas religiosas espurias y cuyos máximos representantes son los impostores de los cuales hemos hablado. Desde esta perspectiva, la posición del autor del *Tratado* coincide plenamente con la sana y bien conocida posición desarrollada por Marx un siglo después de acuerdo con la cual “la religión es el opio del pueblo”. Empero, la coincidencia no es total, porque la crítica de Marx atañe a **toda** religión **posible**, independientemente de cuáles sean o hayan sido sus fundamentos. En cambio, nuestro autor no rechaza la idea misma de divinidad, sino únicamente su manipulación teísta. El autor es claramente un deísta y en esto su distanciamiento de pensadores como Marx es total. Se trata, pues, de alguien que se rebela básicamente en contra del teísmo. Al hacerlo, claro está, pone de manifiesto que su razón funciona y su integridad intelectual está incólume. Lo que el autor del *Tratado* se rehúsa a aceptar es simplemente el Dios de los grandes impostores, esto es, el Dios que se dirige a nosotros en sueños, con quien supuestamente interactuamos aunque sea por completo inmaterial, que es causa invisible e inencontrable de multitud de fenómenos y así sucesivamente. En otras palabras, lo que rechaza es la idea de Dios como el super rey del más allá. Desde su perspectiva, Dios, si en verdad hay tal cosa, debe contemplar el todo de su creación con igual interés y para Él son tan importantes lo grandes hombres de negocios como los tigres de Siberia o las anillos de Saturno. Dios, si en verdad hay tal cosa,

no puede estar negociando con los humanos adoración, respeto, sumisión. Del verdadero Dios ni siquiera hablamos. Es el Dios teísta, proyección ingenua y condensación de facultades y debilidades humanas, lo que está en entredicho, ese subproducto de la mente humana cuya función histórica ha consistido en ser un canal para mantener dominadas a las grandes masas de hombres, mujeres y niños. En este sentido, el *Tratado de los Tres Impostores* es claramente in texto iconoclasta y anti-conservador. En relación con esto, es mi deber decir que pocas interpretaciones me parecen tan alejadas de la realidad como la del traductor al inglés, Brom Anderson, de acuerdo con la cual “al evaluar los intereses del *Traité des trois imposteurs*, deberíamos primero echarle un vistazo al uso de la literatura al servicio de la ortodoxia y no de la revolución”. Ni mucho menos pretendería yo implicar que entonces en lugar de un tratado de nada más tres impostores deberíamos hablar de un libro de cuatro impostores. Lo único que deseo sostener es que si algo de lo que he dicho es acertado, este pronunciamiento del traductor al inglés es completamente errado.

Para que el ataque a las grandes religiones monoteístas (que, como por casualidad, son también grandes religiones de estado) rebase el plano de la crítica meramente ideológica, se requiere exhibir lo endeble de sus fundamentos filosóficos. No mucho, pero algo también hay de esto en este tratado. En particular, vale la pena señalar el ataque del autor a la filosofía cartesiana. ¿Por qué Descartes? Si alguien quiere **no** entender el por qué de la discusión de algunos puntos de vista cartesianos lo mejor es leer el ensayo del editor. A mi modo de ver, la respuesta es obvia: la filosofía cartesiana es el más acabado esfuerzo por reconstruir y justificar la visión dualista propia del cristianismo. El problema es que dicha reconstrucción es un fracaso. Son muchas las dificultades insolubles que enfrenta pero, dada la prodigiosa riqueza de pensamientos del autor de las *Méditations Métaphysiques*, hubiera sido ingenuo esperar un examen crítico sistemático y total del cartesianismo. No era posible otra cosa, por consiguiente, que elevar unas cuantas objeciones. Son tres las que eleva el autor del libro, a saber:

a) la duda cartesiana es imposible. El punto del autor, empero, consiste básicamente en sostener que pensar que en ocasiones se piensa que no hay cuerpos no impide que cuando uno piensa que sí los hay efectivamente los haya.

b) La duda cartesiana es de hecho una duda inútil, una pseudo-duda. Sin anacronismos, es ésta una objeción de obvias reverberaciones wittgensteinianas. La idea es simplemente que dudar que se tiene un cuerpo cuando *de facto* uno muestra que no duda de ello es no dudar que se tiene un cuerpo.

c) Las disquisiciones de Descartes fallan, porque lo que él tenía que elucidar no es que la mente es una sustancia que piensa, sino qué es esa sustancia que piensa.

Es evidente que el ataque a la filosofía cartesiana se explica como parte de una crítica general de ideas religiosas y filosóficas absurdas. Pero como el texto no tiene pretensiones exclusivamente filosóficas, el tratamiento de los fundamentos religiosos de las religiones de los impostores no podía ir más allá de unas cuantas consideraciones. En todo caso, el objetivo del autor era de orden básicamente pragmático, no meramente literario y es relativamente claro: se trataba de dismantelar, desde diferentes perspectivas, un sistema general de creencias falsas y consideradas como socialmente dañinas. En este sentido, el *Tratado de los Tres Impostores* es un libro valiente. Tiene, además, otra gran virtud: es, en algún sentido, un libro actual. En verdad, el peor servicio que le podemos hacer es considerarlo como una mera reliquia, un polvoriento mueble más del museo de las ideas. Sin duda alguna, es un libro que en nuestros días podría resultarle útil a más de uno. Y es un algún sentido un texto urgente, porque exhibe o pone de manifiesto nefastas tendencias de los humanos; en particular, la irrefrenable ambición de poder y control sobre las personas, físicamente cuando ello es factible y mediante la esclavización de su mente cuando no lo es. El libro mismo y el modo como fue concebido y dado a conocer son una prueba de que las pasiones destructivas de los humanos son más fuertes que sus más excelsas creaciones espirituales, a las que a final de cuentas deforman y tergiversan. Sólo así se entiende por qué las instituciones religiosas, en principio canales apropiados para la divulgación de verdades de amor universal, se hayan convertido también en excelentes mecanismos para la represión, la hipocresía, la crueldad, la humillación, haciendo un contrasentido del mensaje y la sabiduría de los que, se suponía, eran portadores. Hay, pues, un sentido en el que el libro es un libro pesimista: parecería insinuar que, lo que inevitablemente les espera a quienes, entonces y ahora, aspiren a elaborar su propio “yo acuso”, a hacer su denuncia, ya sea religiosa, política, administrativa o cultural, sea trabajar en la clandestinidad y esperar dos siglos para ser descubierto y aprovechado. Empero hay otro sentido en el que la lectura del libro puede generar en nosotros ahora un cierto, moderado optimismo: de hecho, sabemos que, a través de grandes esfuerzos y sacrificios, los pueblos han ido avanzando en la lucha por su libertad, física y mental, y que lo que otrora tuvo que ser una denuncia solapada y a media voz hoy puede hacerse en voz alta y en público. En este sentido hay progreso. Queda por determinar, desde luego, si los nuevos ídolos mentales, los grandes productos ideológicos de nuestros tiempos, ideas intocables como las de democracia y representación parlamentaria, reprimen de igual manera toda clase de inconformidad que se pueda tener respecto a ellas y si efectivamente no habrá que actuar desde la oscuridad y esperar doscientos años para que las críticas que ahora se hagan puedan ser evaluadas con ecuanimidad y con justicia.